



Graciela Palau de Nemes y Zenobia Camprubí. Detalle de la fotografía del profesorado del Departamento de Lenguas y Literatura Extranjeras de la Universidad de Maryland, 1947. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

ZENOBIA
CAMPRUBÍ
●
GRACIELA
PALAU DE NEMES

EPISTOLARIO

1948-1956



Edición de

EMILIA CORTÉS IBÁÑEZ



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

La edición de este libro ha sido posible gracias a:

Fundación | Cajasol



Este libro forma parte del proyecto *Memoria de la Edad de Plata en la Sociedad del Conocimiento*, financiado por los Ministerios de Ciencia e Innovación; Educación, Política Social y Deporte; Industria, Turismo y Comercio; Cultura, y Asuntos Exteriores y Cooperación



GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE CIENCIA E INNOVACIÓN



GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, POLÍTICA SOCIAL Y DEPORTE



GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE INDUSTRIA, TURISMO Y COMERCIO

(HUM2007-30090-E/HIST)



GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE CULTURA



GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES Y DE COOPERACIÓN

La edición de este volumen es resultado del proyecto (HUM2007-63227-FILO):



desarrollado por la Fundación Francisco Giner de los Ríos y la Residencia de Estudiantes, y financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación

ÍNDICE

Introducción

EMILIA CORTÉS

IX

Epistolario (1948-1956)

I

Apéndice

Algunas precisiones en torno al Nobel

255

Índice cronológico de cartas

289

Índice onomástico

296

PROYECTO EPÍSTOLA

306

Director de la colección: José-Carlos Mainer • Diseño de la colección: Montse Lago •
Coordinación editorial: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes •
Corrección de textos: Sabela Mendoza • Maquetación: Cromotex •
Impresión: Julio Soto • Encuadernación: Hermanos Ramos

© de la introducción y las notas: Emilia Cortés Ibáñez © de los textos de Zenobia
Camprubí de Jiménez: Herederos de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí
© de los textos de Graciela Palau de Nemes: Graciela Palau de Nemes © de los textos
de Donald Fogelquist y Arne Häggqvist: los titulares de los mismos

© de esta edición: Amigos de la Residencia de Estudiantes, 2009

Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento —incluyendo la reprografía, el tratamiento informático o cualquier otro procedimiento presente o futuro—, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright* y de la Residencia de Estudiantes.

ISBN: 978-84-95678-67-4 • Depósito Legal: M-13877-2009 • Impreso en España

INTRODUCCIÓN





Edificio de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Maryland, situado en el centro del recinto. Archivo privado de Graciela Palau de Nemes.

Profesorado del Departamento de Lenguas y Literatura Extranjeras de la Universidad de Maryland, 1947. De derecha a izquierda, en primera fila, Zenobia Camprubí, Graciela Palau de Nemes, Adolph E. Zucker (director del departamento), Virginia S. Smith y Charles Kramer. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

Zenobia Camprubí y Graciela Palau de Nemes se encontraron por primera vez en Puerto Rico en 1936. Los Jiménez acababan de salir de España e iniciaban su exilio americano. En el mes de octubre, fueron a Ponce para visitar la «High School» en la que Graciela estudiaba y en la que se graduaría para ir a la universidad. Graciela tenía entonces 17 años; Zenobia, 49. En una carta que me envió hace un año, Graciela relata así este primer encuentro:

J. R. visitó mi clase, acabábamos de leer *Platero*. Por suerte o por desgracia, se paró al mismo frente mío, contra el escritorio que daba a mi pupitre, ya que me sentaban en la primera fila. Entre mis rodillas y las de él había poco espacio. Yo, que tenía miles de preguntas, no me atreví a abrir la boca. Esa noche, en la misma escuela, aparecieron en el escenario de la Ponce High School rodeados de escritores locales y autoridades. J. R. habló. A Z[enobia] la presentaron, dio un pasito adelante, sonrió y la aplaudieron mucho.

Quiero que sepas que yo me sabía innumerables poesías de J. R., muy leído en los primeros cursos de una estupenda escuela elemental en la que estudié los grados primero a sexto, en Camagüey, Cuba (donde nací y pasé mi infancia). [La escuela] era tan buena que para el tercer y cuarto grado conocíamos a Martí, Darío y J. R. Nos hacían aprender de memoria todas sus poesías de niños. Yo recitaba muy bien

y me escogían para hacerlo al frente de la escuela entera, los viernes, cuando teníamos «convocación» para saludar la bandera, en nuestro uniforme de gala. Yo recitaba a J. R. al lado de la bandera.

Después, en P[uerto] R[ico] tuve un «novio» que me mandaba recaditos con poemas amorosos de J. R.¹

Tras cuatro años en Puerto Rico, donde llevó a cabo sus estudios secundarios, Graciela obtuvo una beca para estudiar la carrera universitaria en Vermont, Estados Unidos, en el colegio universitario católico de mujeres, Trinity College. En 1942, al poco de graduarse, aceptó uno de los trabajos que, a causa de la Segunda Guerra Mundial, ofrecían entonces a los estudiantes en empresas dedicadas a la defensa en Baltimore. Fue allí donde conoció a su futuro marido, John Lester Nemes², microbiólogo, que llegaría a ser director de los laboratorios de la Escuela de Medicina de la Universidad de Georgetown, en Washington. Un año después de conocerse, se casaron. Terminada la guerra, los dos continuaron sus estudios de doctorado y dieron clase en cursos básicos en la Universidad de Maryland. Graciela recuerda en la misma carta:

En el año académico, creo de 1947 (46 al 47), acabando de tomar el puesto, con oficina en el segundo piso del edificio de Humanidades, una señora que caminaba gracioso y sonreía me preguntó quién era yo. Le dije. Al hablarle de Cuba y Puerto Rico, me dijo: «Yo soy la Sra. Jiménez. Mi marido es el poeta J. R. J.». ¡Fue decirme

¹ Carta enviada por Graciela Palau de Nemes a Emilia Cortés Ibáñez, el 7 de abril de 2008.

² A lo largo de las cartas, Graciela se referirá a su marido con el apelativo cariñoso de «Johnny».

ella eso y empezar yo a recitarle todas sus poesías sin parar! Me dijo: «¡Si esta criatura conoce toda la poesía de mi marido!».

De allí en adelante nos veíamos todos los días, pues nuestras oficinas estaban casi juntas. Me matriculé en todos los cursos que daba J. R. Ellos aún tenían el apartamento de Washington, aunque compraron la casa de Riverdale. Nos invitaban a tés en Wash[ington], a los colegas de la universidad. Como vivían cerca, cuando J. R. daba clases que se terminaban ya oscuro (de cinco a siete o de cuatro a seis) en otoño e invierno, me dejaban en mi casa. Algunas veces me invitaban a salir con ellos a actos culturales. Y sucedió que los grandes profesores de las universidades se habían ido a la guerra de traductores, de diplomáticos, de consejeros... Muchos no habían regresado y no podíamos adelantar demasiado, porque faltaban profesores. Entonces nos dieron permiso para estudiar los cursos que necesitábamos en universidades del área, como la Universidad Católica de América y la Universidad de George Washington, ambas en la capital. Yo estudié en las dos y, después, en Duke. No tenía tiempo para consultar con los profesores, llevaba un programa completo enseñando y estudiando en Maryland.

Empecé a hacerle preguntas a J. R. del Siglo de Oro, de la historia de España y de América, etc., y de allí surgió que Juan Ramón y Z[enobia] me invitaran a su casa para que él me ayudara con mis asignaturas. Y se volvió mi mentor. Al escribir mi ensayo o tesis de maestría me puso en contacto con escritores famosos (por correspondencia). Escribí sobre Ezequiel Martínez Estrada y la *Radiografía de la pampa*³. Y, a la hora de escoger tópico

³ Ezequiel Martínez Estrada (Argentina, 1885-1964), poeta, ensayista y crítico, fue Premio Nacional de Literatura en 1937 por *Radiografía de la pampa*, ensayo sociopsicológico e histórico, publicado en Buenos Aires, en la editorial Babel, en 1933.

para el doctorado, le dije que quería escribir sobre él. Como ya sabes, me dio el plan, que fue publicado en *Cartas* por Francisco Garfías⁴.

Z[enobia] tenía infinidad de amistades en Washington, era socia de la famosa Sociedad Geográfica, que publica una preciosa revista, y tenían reuniones y proyecciones de películas. También era socia de un «Art Club» y salía mucho a almuerzos y tés (sin J. R., claro). Me invitó a ir a su casa todas las tardes que no teníamos que enseñar, así J. R. *no se quedaba solo*. Entonces, claro, ¿pedirle al muerto si quiere mesa? Yo iba a cada rato.

Durante el año académico yo la veía casi todo el tiempo. [...] Después también en su casa en los días libres y en el verano. Siempre por las tardes. Unas veces yo caminaba, iba por la carretera principal, que tú conoces, si no por las barriadas, o tomaba el autobús en la esquina, o me recogía Z[enobia] en su chevroletito, o me llevaba mi marido. Otras, Z[enobia] me invitaba a ir con ella a la costurera, o al banco, o a recoger algo en su automovilito. A veces, ella no se iba enseguida que yo llegaba y se ponían a rememorar ella y J. R., y discutían suavemente. En verano, dejaba una mesita puesta en el balcón, para los dos, con golosinas. Era bonito sentarse en el balcón en verano... Si estaba aún la sirvienta, J. R. la acompañaba hasta la puerta de entrada como a una gran dama. O venían los niños de la barriada vendiendo dulces para la escuela.

Cuando de veras conocí a *la verdadera Z[enobia]* fue en P[uerto] R[ico]. Lo leerás en las cartas. ¡Cómo me ayudaba leyéndole a J. R. todas las noches lo que yo escribía, diciéndome o poniendo a mi disposición sus papeles en la Sala, que

⁴ Véase «A Graciela Palau», carta escrita desde Riverdale, el 15 de septiembre de 1949, en *Juan Ramón Jiménez. Cartas literarias*, edición de Francisco Garfías, Barcelona, Editorial Bruguera, 1977, págs. 292-295.

aún no eran públicos!⁵ Ya J. R. no era el mismo, siempre enfermo, pero ella aprovechaba para que yo lo interesara a él en sus cosas y él, a veces, correspondía y me ayudaba.

Emilia, creo que ella es la persona a quien más he admirado en mi vida. Era recta, simpática, leal, agradecida, graciosa, ocurrente. Me queda la satisfacción de haber intervenido para que obtuviera lo que más deseaba para su marido, pero nunca puedo evitar, al recordarla, que se me salgan las lágrimas.

Un abrazo,

Graciela [Palau de Nemes]

P. D. Una cosa que quiero aclarar: en las visitas a J. R. y Z[enobia], él hablaba de su infancia, juventud, etc. Yo llegaba a casa y lo escribía. Nunca tomé notas delante de él, ni le hice preguntas. Nunca habló de su enamoramiento, de su matrimonio con Z[enobia]. Por lo que yo sabía de su vida, lo escogí para mi tesis. Entonces contestaba a mis preguntas y me prestaba sus libros que yo no había leído. Pero, al enfermarse e irse, todo fue a parar a la Biblioteca del Congreso y me quedé sin nada.

En P[uerto] R[ico], Z[enobia] contestó a algunas preguntas y, como verás en las cartas, él también. Pero lo que ellos me proporcionaron fue *acceso a todo lo que tenían* en su oficina en la U[niversidad de] P[uerto] R[ico], cosas que están en la hoy Sala [Zenobia y Juan Ramón Jiménez]. Yo busqué y usé la información allí, Z[enobia] *no me la dio*, como escribió alguien recientemente, lo que me dieron fue acceso libre a la información.

G[raciela] P[alau de] N[emes]

⁵ Graciela se refiere a la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, de la Universidad de Puerto Rico, establecida en 1955 por iniciativa de la universidad, para agradecer al poeta la donación de su biblioteca particular, dos años antes. En 1969 se instaló en el lugar que ocupa actualmente, en el Recinto Río Piedras.

Me he extendido demasiado, sin darme cuenta, Z[enobia] y J. R. cambiaron el ritmo de mi vida y quería que supieras por qué caminos los conocí tan de cerca.

ALGUNAS ACLARACIONES
SOBRE ESTE EPISTOLARIO

Las cartas que presento en este *Epistolario* no son todas las que intercambiaron Zenobia Camprubí y Graciela Palau de Nemes, desgraciadamente; como se puede observar por la lectura, sólo son una parte de ellas, las que he conseguido localizar. Incluyo el texto íntegro de ochenta cartas escritas por Zenobia y cuarenta por Graciela.⁶

La frecuencia de las cartas varía a lo largo de los casi nueve años que dura la correspondencia. De 1948 a 1950 prácticamente no intercambiaron misivas, mantuvieron una correspondencia de mera cortesía de la que sólo se conservan dos postales de Graciela y una tarjeta y una carta de Zenobia. Los Jiménez ya habían fijado su residencia en Riverdale, al lado de Hyattsville, donde vivía Graciela, y ésta sólo les escribió cuando se fue a realizar unos cursos de verano a las Universidades de Duke (Carolina del Norte) y de Ithaca (Nueva York). Zenobia le contesta con otra tarjeta y con una carta, en la que le da las gracias por las flores que Graciela había mandado a Juan Ramón al hospital y para decirle que se reunirán con ella a su regreso. En 1950 Juan Ramón cayó enfermo y fue de hospital en hospital, hasta que en marzo de 1951 se instalaron en Puerto Rico.

⁶ Todas ellas están depositadas en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico. Graciela Palau regaló a la Sala las cartas de Zenobia.

De 1951 se conservan cinco cartas de Zenobia, muy preocupada por el estado del poeta, escritas desde la isla. En ellas cuenta cómo es su día a día, dónde están instalados, etc. De Graciela no se conserva ninguna, aunque por las cartas de Zenobia sabemos que le escribía. La salud de Zenobia comenzó a empeorar en esta época; a principios de diciembre sufrió una operación menor en Puerto Rico y otra más importante el último día de diciembre, en Boston.

Graciela, obtuvo el grado de doctora en junio de 1952 y en agosto nació su único hijo. De este año se conservan tres cartas de Graciela y cuatro de Zenobia, en las que se refiere a sus enfermedades y a su incorporación a la labor docente, da noticias relacionadas con Juan Ramón y con su alumnado, y responde a las preguntas que le hace Graciela en relación con la tesis que está terminando sobre Juan Ramón. Graciela le pone al día en lo referente a sus conocidos y a los compañeros de la Universidad de Maryland, habla de su trabajo de investigación e invita a los Jiménez a su graduación.

Ni una sola carta de 1953. En cambio, en 1954, 1955 y 1956 la correspondencia fue riquísima. De 1954 hay catorce cartas de Graciela y veintisiete de Zenobia. Graciela inicia este año con una extensa carta en la que le habla acerca del nacimiento de su hijo y de sus problemas de salud, además de algunos asuntos de la vida familiar y su deseo de mejorar la tesis, con la ayuda de sus correcciones. Zenobia comienza a pedir también ayuda a Graciela (actitud que será recurrente hasta el final de sus días); quiere deshacerse de la casa de Riverdale porque, aunque está alquilada, sólo le ocasiona gastos y preocupaciones, pero antes debe vaciarla de todos sus enseres y piensa en Graciela para ayudarle en esta tarea. La respuesta afirmativa no se hace esperar. Zenobia comienza con los pedidos de libros y documentos guardados

en la buhardilla de Riverdale —que Juan Ramón necesita para seguir adelante con su trabajo—, y Graciela empieza a hacer paquetes y a enviarlos. Es una labor larga, en la que también colabora el marido de Graciela y en la que ella estuvo pendiente de todo: buscó y solicitó presupuesto a tres compañías de transporte, contactó con los inquilinos de la casa, empaquetó los objetos siguiendo las listas enviadas por Zenobia, acompañó a los trabajadores de la empresa de mudanzas, se ocupó de hablar con otras personas que le guardaban a Zenobia algunos muebles, y de recoger la plata y las joyas que había dejado en Maryland. El tema del traslado empieza en la carta de Zenobia del 20 de marzo y termina el último día de septiembre, pero continúa apareciendo en cartas posteriores; en la última etapa coincide incluso con el traslado de casa de Graciela. Para no encarecer más el envío, Graciela guardó en su casa algunos objetos de menor importancia para los Jiménez, y los fue vendiendo poco a poco y mandando el dinero a Zenobia. Mientras esto ocurre, el estado del poeta empeora y lleva a Zenobia a escribir: «[...] se me consume el alma, la vida y el corazón», además de: «¿Se acuerda de cómo volvía de Johns Hopkins [Hospital]? No me olvido de lo que usted me acompañó», palabras que vienen a subsanar la falta de cartas de la primera época a la que he aludido.

De 1955 hay nueve cartas de Graciela y veinte de Zenobia. Continúa el tema del traslado, muebles y listas de objetos que quedaron guardados en casa de Graciela, además de la preparación del viaje que va a realizar a Puerto Rico, para trabajar en su tesis, y de la creación de la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez en la universidad. Aparece, además, otro tema nuevo: el viaje a España de los Jiménez, tan deseado por Zenobia, pero que no podrán llegar a realizar. Graciela

pasó en Puerto Rico la última semana de agosto, y desde que regresa a Maryland las misivas están llenas de planes para el viaje a España. Ante la negativa del poeta a realizarlo, Zenobia se plantea la posibilidad de viajar sola y confía en Graciela para que, durante su ausencia, acompañe y ayude a Juan Ramón en Puerto Rico. A todo esto se une el tema más prosaico de las compras que Graciela realiza para Zenobia: vestidos, medias, redecillas, maletas, etc., también los regalos que Zenobia quiere llevar a España cuando haga su viaje. Desde la carta de Graciela del 9 de septiembre, aparece un nuevo asunto de mayor relevancia: la nominación de Juan Ramón para el premio Nobel.

El tema de la candidatura para el Nobel y la recopilación de material para enviar a la Academia sueca, en el que están inmersas Zenobia y Graciela, continúa durante los primeros meses de 1956, al lado de otras cuestiones: la salud del matrimonio que empeora todavía más y que lleva a Zenobia a desahogarse en las cartas, el mal que le causan los tratamientos de rayos X, el próximo viaje de Graciela a la isla, la organización de la Sala, nuevamente las compras que Graciela hace para Zenobia, sin olvidar la preparación de la *Tercera antología*⁷. La última carta del volumen, la carta de Graciela del 26 de septiembre, es una buena muestra de la variedad de temas que habitualmente tratan las correspondientes en sus misivas.

Aunque no tenemos todas las cartas que se escribieron, el número con el que contamos es suficiente para mostrar, en una doble vertiente, cómo es cada una de ellas. Por un lado, vemos paso a paso su implicación en el camino hacia el

⁷ Juan Ramón Jiménez, *Tercera antología poética (1898-1953)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1.ª ed., 1957.

Nobel, y la trascendencia de su labor en este asunto, que sin duda contribuyó a que Juan Ramón obtuviese el premio en 1956. Por otro lado, Zenobia y Graciela, tan distintas pero tan parecidas en su condición de mujeres abiertas y habladoras, nos permiten con estas cartas, de detallada cotidianeidad, llegar a la persona, al individuo, conocer el día a día que las ocupa, con sus alegrías, preocupaciones y zozobras, con todo eso que las hace más humanas, más próximas al lector. Así eran y son ellas: siempre cercanas, siempre dispuestas a brindar su ayuda.

Ya sabíamos algo de todo esto gracias a los *Diarios* de Zenobia y al primer volumen de su *Epistolario*⁸, pero a través de las cartas aquí reproducidas vemos claramente cuáles son las prioridades de las protagonistas. Para Zenobia lo principal es conseguir que Juan Ramón obtenga el Nobel, la publicación de la *Tercera antología* y la organización de la Sala. A estas tres metas —que ya vimos a través del *Epistolario I* en sus cartas a Juan Guerrero Ruiz—, después de conocer su correspondencia con Graciela, habría que añadir una más: ayudar a Graciela en la elaboración de la biografía de Juan Ramón. Zenobia estaba muy enferma, pero su cáncer no le importaba, lo único que quería era que le diese tiempo a conseguir lo enumerado. Es muy posible que, en este afán

⁸ En la «Nota a la edición» del *Epistolario I* de Zenobia ya indiqué la diferencia entre diarios y epistolario en cuanto al tratamiento de la información que recogen. El contenido de las cartas es más extenso y mucho más rico y ello, unido a la respuesta correspondiente de Graciela, nos ofrece una información de primera mano y de capital importancia, no sólo para los interesados en la pareja sino para todo estudioso del género de la (auto)biografía. Véase Zenobia Camprubí, *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz, 1917-1956*, edición de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006, págs. XXVII-XLI. Los *Diarios* de Zenobia fueron publicados en tres volúmenes, todos ellos traducidos y editados por Graciela Palau de Nemes, en Madrid, Alianza Editorial, 1991-2006: *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, 1991; *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*, 1995; y *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956)*, 2006.

de Zenobia por ayudar a Graciela, hubiese un interés añadido, puesto que la biografía de Juan Ramón, y los diferentes estudios sobre su obra, suponían un eslabón más dentro de la cadena de elementos que erigían y erigen la figura del poeta para la posteridad.

Graciela, por su parte, multiplicándose para llegar a todo: empaquetar muebles, objetos, libros y documentos en la casa de Riverdale para enviarlos a Puerto Rico; estar en contacto con todas aquellas personas que tenían algo que ver con los Jiménez —Mrs. Hood, Inés Muñoz, Mrs. Boswell, Goodrich, Security Storage, American Storage, Merchants, etc.—; preparar la documentación para la nominación del poeta, en estrecha relación con Adolph E. Zucker, además de con Arne Häggqvist y Donald F. Fogelquist; intentar complacer a Zenobia en asuntos un tanto domésticos —compra de medias, de vestidos, de maletas, etc. Todo ello, además de atender a su propia familia, sus clases en la universidad y su trabajo de investigación sobre Juan Ramón. Pero, sobre todo, Graciela es, a partir de cierto momento, el paño de lágrimas de Zenobia, la única persona en la que confía para que se quede con Juan Ramón mientras ella hace su soñado viaje a España —que fue solamente eso: un sueño—; es el clavo ardiendo al que se agarra cuando ya está muy enferma. Y las dos fundidas por su entrega, en Puerto Rico: Graciela intentando llegar a todo aquello a lo que no llegaba Zenobia, y ésta corrigiendo la biografía escrita por Graciela, tumbada en la cama porque el cáncer ya no le permitía sentarse. Así la recuerda Graciela.

Con estas cartas nos adentramos en la personalidad de dos mujeres sensibles, íntegras y luchadoras, y en la causa común que guió sus vidas: la obra de Juan Ramón Jiménez y su camino hacia el Nobel.

La correspondencia se presenta en orden cronológico, desde 1948 a 1956. Zenobia, fiel a su sistema de escritura, que ya vimos en sus cartas a Juan Guerrero Ruiz⁹, en muchas ocasiones no fecha las cartas, extremo que he intentado subsanar gracias a la respuesta correspondiente, siempre que haya tenido acceso a la misma, o al contenido de la epístola. Graciela sí data sus cartas, con una sola excepción: una pequeña tarjeta que, dada la intemporalidad de su contenido, incluyo como ilustración al final del epistolario; no obstante, en nota a pie de página en la carta del 1 de septiembre de 1955, indico la fecha estimada de dicha tarjeta. Todas las cartas de Graciela son manuscritas, las de Zenobia también lo son a excepción de seis, que están mecanografiadas. La mayor parte de los textos son inéditos, por lo que indico en nota a pie sólo aquéllos casos en que las cartas han sido ya total o parcialmente publicadas.

En las cartas de Zenobia aparecen algunas peculiaridades frecuentes en su escritura. En general, he respetado las características propias de su estilo, como la adopción del rasgo del poeta en relación con las grafías «g»/«j», «s»/«x»; el empleo de muchos números para indicar horas, cantidades de dinero —ya sean dólares o pesetas—, etc., o algunos casos de reducción de consonante cuando aparecen dos contiguas, como en «setiembre». Zenobia omite con frecuencia el primer signo de interrogación y exclamación, por influencia del inglés, que yo añado. En cuanto al nivel sintáctico, Zenobia emplea periodos extremadamente largos, en la mayoría

⁹ Zenobia Camprubí, *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz, 1917-1956*, cit.

de los casos por falta de puntuación, y muy pocas veces divide en párrafos. He tenido que incorporar algunos de estos elementos porque en ocasiones se hace muy difícil la comprensión de la carta. También hace uso frecuente del hipérbaton, que he respetado.

Las cartas de Graciela, en cambio, presentan un estilo más cuidado. Su letra es clara, fácil de entender; la exposición es ordenada, dividida en párrafos y no olvida la puntuación.

La correspondencia entre ellas siempre es en español, aunque incluye palabras inglesas y algunas francesas, algo a lo que Zenobia ya nos tiene acostumbrados. La traducción al español de todas estas palabras aparece convenientemente indicada entre corchetes. Con frecuencia, las correspondencias recogen los nombres propios abreviados con las iniciales, que yo he desarrollado.

Las dos subrayan palabras o expresiones, que yo pongo en cursiva; respeto el empleo que hacen de las comillas, salvo en el caso en que vayan acompañando títulos de obras o nombres de revistas, ocasiones en que, obviamente, las elimino y empleo cursiva.

En las notas a pie de página he hecho todas las aclaraciones oportunas respecto a los originales, como las relativas a fechas de cartas que presentan alguna duda, ciertos detalles de transcripción, o cualquier cuestión que me ha parecido conveniente aclarar sobre la interpretación del texto original. En cuanto a las normas de edición, me he ajustado a las pautas establecidas para el proyecto *Epístola*.

Finalmente, esta edición se completa con un Apéndice sobre «Algunas precisiones en torno al Nobel», un índice cronológico de las cartas y un índice onomástico.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento inmenso a la profesora Graciela Palau de Nemes por sus ediciones de los *Diarios* de Zenobia, que me abrieron el camino para llegar al conocimiento de la mujer del poeta, por sus enseñanzas y ayuda, imprescindibles para realizar la labor en la que estoy inmersa, y por la confianza depositada en mí, probada con la documentación incluida en este volumen. Nunca pensé que un encuentro casual —ocurrido en Nueva York en julio de 2001, en el XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas— diese estos resultados. Gracias, Graciela, por haberme traído al rico mundo de Zenobia.

Muchas gracias a la representante de los herederos de J. R. J. y Zenobia, Carmen Hernández-Pinzón Moreno, por su ayuda constante, de mil maneras —una ayuda especial porque Zenobia es especial—, y también a Lily Busquets y demás miembros de la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez por brindarme su constante y desinteresado apoyo en todo momento, de importancia capital para mí.

Gracias a William Brister, porque nuestras horas de trabajo han sido de disfrute para ambos; a Michelle De Luca, por su labor de emisaria; y a Antonio Campoamor, porque su trabajo da luz para llevar a cabo el nuestro.

Muchas gracias a la Fundación Zenobia y Juan Ramón Jiménez por la incondicional ayuda que en todo momento me ha ofrecido. Y, por último, a la Residencia de Estudiantes, a las personas que la integran y que han hecho posible que este volumen vea la luz; especialmente a Belén Alarcó, siempre tan cálida y atenta en su relación conmigo, y a Sabela Mendoza por el cuidado de esta edición.

EMILIA CORTÉS IBÁÑEZ



Casa de Graciela Palau de Nemes, Hyattsville, Maryland. Archivo privado de Emilia Cortés Ibáñez.

Casa de los Jiménez, Riverdale, Maryland. Archivo privado de Emilia Cortés Ibáñez.